

de un hugonote como el rey de Navarra, señalado por los exterminadores á la muerte, y no le dió ni siquiera un aviso indirecto. Asistió Margarita, segun ella misma escribe, en la alcoba de la madre, á su tocado, poco antes de meterse ésta en su cama; y la despidió sin dar muestra ninguna de recelo y temor á lo que podía sucederle. Su hermana, la duquesa de Lorena, como perteneciente á los Guisas por sus enlaces, industriada en la horrible trama, detenía con grandes instancias á la reina de Navarra y la conjuraba sollozando á no alejarse del lado de su madre. Pero Catalina se irritó mucho por estas advertencias de la Lorena, temiendo que fueran revelaciones para la esposa de un príncipe hugonote; y le ordenó con imperio que se fuese á dormir sin tardanza. La duquesa de Lorena reconvinó en algunas palabras supremas á su madre por sacrificar así, de tan implacable modo, movida de frias razones políticas, á un pedazo de sus mismas entrañas. Catalina impuso con ira silencio á la duquesa de Lorena y despidió sin emoción á la reina de Navarra. Salió ésta, pues, de la cámara de su madre con el entendimiento lleno de confusiones y el corazón transido de miedo. No había para menos. El Rey estaba en su tálamo, pero circuido de cuarenta hugonotes, los cuales no hablaban de otra cosa mas que de las noticias recibidas en aquellas angustiosas horas. El emisario, nuncio de la muerte de Coligny, llegó minutos despues de haberse todo consumado, y cuando todavía era de noche. Enrique prometió á los suyos que pediría justicia implacable al Rey contra los asesinos en cuanto el Rey se levantase; y dejó la cama por no poder de modo alguno dormir en la inquietud y en la zozobra. Mas con la natural y congénita ligereza de los caballeros de aquel extraño siglo; para esperar á que se levantara el monarca, se le ocurrió entretener el tiempo jugando á la pelota. Y en efecto, salió con sus cuarenta hugonotes para el real trinquete. Margarita, rendida de sueño, se metió, al verse ya sola, en la cama, y rogó á su camarera que cerrase bien las ventanas para conciliar el sueño de que sentía mucha necesidad como abrumada por las emociones y por los desvelos. Cerráronse bien las maderas, corrióse las cortinas, á fin de que la luz del día no impidiese á la princesa el reposo; y Margarita entró en la cama y cayó en profundísimo sueño. No había transcurrido una hora en tal estado, cuando llaman á la puerta de su cuarto con voz plañidera y angustiosos golpes. La dama de honor

abrió creyendo que fuera el rey perseguido y acosado. Era un gentil-hombre hugonote, á quien golpeaban y herían cuatro arqueros católicos, los cuales habíanle atravesado un hombro y roto un brazo con sus siniestras alabardas. El herido se lanzó á la cama y cogió á la princesa como si cogiera un escudo interponiéndola para su salvaguardia y custodia entre las armas asesinas y el propio cuerpo. La reina saltó de la cama, esquivándose á los abrazos y asimientos de aquel hombre, sin saber ni lo que se hacía, ni si los arqueros le asestaban los golpes á él ó se los asestaban á ella. Lo cierto es que ambos, enloquecidos y fuera de sí por el terror, gritaban á porfía, se apoyaban uno en otro sin saber cómo ni porqué, y pedían socorro como dos náufragos próximos á hundirse sin remedio en los espirales de una tromba. Por fortuna conoció el capitán de guardias Nausay á la reina por su voz, y entró á tiempo de salvarla por milagro de los golpes asestados sin deliberación ni conciencia con sus agudas alabardas por los terribles arqueros. Margarita encerró al gentil hombre perseguido en su gabinete, y mudándose la camisa empapada en sangre, ciñéndose de pronto la cubierta misma de su cama, lanzóse medio desnuda, en busca del cuarto de la duquesa de Lorena, como refugio mas seguro contra los perseguidores. Al llegar á la puerta un caballero hugonote caía, por las alabardas de los arqueros atravesado, lanzando una horrible maldición al despedir y lanzar el postrimer suspiro. Margarita cayó desmayada junto á su cuerpo, tan exánime como aquel mismo cadáver.

Recogida del suelo, y encerrada en el cuarto de la duquesa, preguntó, al volver en sí, por la suerte de su esposo. Nada tenía que temer: el Rey bajo llave lo guardó en sus propios aposentos. A las primeras deliberaciones pensaron matarlo; y ya lo habían así resuelto. Pero luego, á instancias del duque de Nevers, lo exentaron, creyendo sin duda su existencia indispensable para contrastar el poder inmenso adquirido por los Guisas en la tragedia reciente. Cuentan algunos que al presentarse Navarra y Condé ante Carlos, éste les había dicho: «ó la muerte ó la misa.» Pero debió desistir de tamaño dilema viendo el poco caso que ambos príncipes hacían de todas las religiones y de todas las creencias. El rey de Navarra pasó la matanza de sus correligionarios encerrado con el verdugo régio que no perdonó á nadie. El degüello se organizó en el palacio á guisa de una montería. Carlos IX, tan cazador de suyo,

sintió, como una fiera, placer inenarrable, infinito, sumo, en la caza de hombres. Los arqueros eran los ojeadores. Inquirían por todos los rincones del Palacio la presencia de un calvinista; y en cuanto lo atisbaban, perseguíanlo de muerte, para que huyese por la escalera ó saltase por las ventanas. Los acosados hacíanlo así en su angustia; y por los patios y por los escalones todos, estaban los guardias del rey armados y apercebidos para degollarlos. A un gascon que preguntara porqué tanto estruendo, le metieron la espada por el estómago y se la sacaron por los riñones. Pardeillan, el mas valeroso de los valerosos, el mayor guerrero entre los guerreros del tiempo, fué atormentado por sus enemigos de cien combates, sacándole poco á poco la sangre de las venas y concluyéndole por debilidad y por desmayo aunque pedía con voces atronadoras una muerte rápida y violenta. El mismo maestro del rey de Navarra fué cogido por piés y manos con cuerdas, y degollado como un cerdo. Piles, otro gentil hombre, cayó exánime sobre un monton de muertos, entre los cuales algunos palpitaban aun á los estertores horribles de la postrer agonía.

Cuatro fueron los jefes materiales de la matanza, el duque de Guisa, el duque de Montpensier, el duque de Nevers, y el señor de Tavannes, representante del príncipe de Anjou. Rojo de pelo éste como el Judas tradicional de la liturgia, salvaje de costumbres, feroz de complexion, mas cruel cuantas mas víctimas la universal crueldad iba inmolando, gritaba con sarcasmo á los asesinos que sangrasen mucho, pues la sangría era tan saludable á los hombres en agosto como en mayo. Imaginaos un carnicero brutal á quien le hubieren confiado el degüello de innumerables reses, tal apareció este horrible Tavannes con su sed hidrópica y nunca satisfecha de sangre. Nevers, como buen italiano, mató, mas que por sentimiento de crueldad ó por satisfacciones de venganzas y desquites, por fria razon de Estado. En los comienzos del degüello quiso huir á la tremenda responsabilidad y encargarse de matar en los alrededores de Paris á los fugitivos y á los dispersos para que ni uno solo pudiera evadirse al universal exterminio. No le consintieron tal salida. Guisa mostró, aunque jóven, la frialdad de un viejo y el descaro de un cínico. Sus bárbaras frases resultan en la historia tan crueles y tan repugnantes como sus bárbaros crímenes. Montpensier, cruel devoto, se persignaba cada vez

que cometia un asesinato, y rezaba, no como Cristo por los que le herian, no, por aquellos mismos á quienes degollaba, creyendo excusar su barbarie con interceder por las víctimas con la divina misericordia. No acabáramos nunca si hubiéramos de contar casos múltiples de la prolongada tragedia. Mr. de la Rochefoucauld, al ver á sus verdugos, pidió que le trataran dulcemente; y se murió con la risa en los labios y como retozándole un gran regocijo en el cuerpo, satisfecho de no sobrevivir á dia tan terrible. Seis máscaras lo mataron y fué al degüello como pudiera ir á un baile carnavalesco. Teligny, yerno del Almirante, era uno de los amigos predilectos del Rey. Buscábanlo para salvarlo varios católicos, pero Anjou se adelantó á su piedad y mandó dispararle un tiro, cuando corria para ponerse pronto en cobro por el alero de un tejado. Los calvinistas habitadores del barrio de San German, apenas podían creer á sus propios ojos, y dudaban de que un monarca tan obligado por la palabra real á su defensa, les mandase matar sin piedad y sin tardanza. Corrieron en procesion hácia el Louvre y tomaron lanchas para pasar el rio. ¿Cuál no seria el asombro de estas gentes, cuando se vieron cazados por la guardia misma de Palacio? Entonces, en tal incidente de la tragedia, fué cuando Cárlos IX pidió un arcabuz, se lo puso al ojo, y disparó contra sus vasallos.

Precisa leer este relato de la noche horrorosa en Michelet, el gran dramático de la historia. No hay tragedia de Shakespeare que conmueva como esta tragedia: «El papel inanimado, dice, concluiría por llorar si escribiésemos todo cuanto sucedió en aquella ocasion horrible.» Un platero, llamado Bruce, mató con su propia mano cuatrocientos hugonotes, como si fueran moscas. El terror de tal infamia le sobrecogió en términos, que no pudiendo huir de sí, huyó del mundo; hízose penitente y eremita. Pero como cierto dia pasase por aquel desierto un mercader y durmiese bajo el techo de su choza, los instintos carniceros le dominaron nuevamente y lo asesinó. El frio desden á la vida humana, la criminal indiferencia por los dolores ajenos, muéstranse con verdad en aquella respuesta de un capitán de milicias á varios católicos fervientes, los cuales á una le incitaban á que matase á un calvinista caido en sus manos: «Dejadme que haga rabia y que tenga cólera.» El imbécil Charpentier mató al gran Pedro Ramus porque sabia este matemáticas y él

no. Los mercaderes mataban á sus competidores. Mas de un acreedor se libertó por este horrible medio de sus deudas. Agravios ligeros, bromas baladíes, miradas desdeñosas, chismes de vecindad se pagaron con la vida. Mientras los asesinos corrian por todas partes como furias abortadas por el infierno en busca de víctimas y las víctimas caian sacrificadas en tropel como si no hubiera piedad en el corazon y Dios en el cielo, repicaban á rebato las campanas todas de las iglesias en vez de llamar á misericordia; y los frailes desde los púlpitos excitaban á la matanza y al incendio como si quisiesen exterminar el Universo. De calle á calle mil encuentros llegaron á empeñarse y á sostenerse mil varios combates. Murieron innumerables mujeres, muchas de ellas en cinta. Algunos infames, para cerciorarse de que la generacion hugonote se extinguía, metieron sus cuchillos en el vientre de las madres y les sacaron los fetos palpitantes. A un pobre mercader le mataron rodeado de cinco hijos; y para que no llorasen estos y con sus llantos turbaran la fiesta religiosa, los echaron al Sena. En una casa donde toda la familia sin excepcion acababa de morir degollada quedaron dos niños gemelos en triste cuna. Un pajarero de esos que matan avecillas por gusto y diversion, allá en los campos, se conmoviera si encontrara dos implumes pájaros en nido privado de la madre. Pues los siervos de Dios, que consumaban la matanza de San Bartolomé, cogieron la cuna donde se hallaban las dos criaturas y la echaron por una ventana sin piedad al rio. Niños, de diez años el que mas, arrastraron á niños de meses poniéndoles cuerdas al cuello. Cuentan de un verdugo que arrojó una niña de medio año al rio en el momento mismo en que la criatura le pasaba las manecitas por las barbas y le sonreía con esa sonrisa de la inocencia semejante al claror del cielo. Marido cansado de su mujer hubo que llevó los asesinos á su propio lecho para que le desembarazasen de su carga. Mujer hubo que arrojó á su marido en cueros á la calle para que lo matasen al paso. Pleiteante hubo que mató á su contrario. Y pretendiente que mató al dueño del destino codiciado. Un tal Gondi apuñaló á Lomenie despues de haberle constreñido á firmar un papel cediéndole sus tierras. Rouillard, canónigo de Nuestra Señora, murió, consumido en el fuego quizás por sus sermones atizado, á causa de ser antipático á los sacristanes, monagos y demás servidumbre de su iglesia. El general Biron se parapetó en el Arsenal y allí

puso dos culebrinas cargadas mirando hácia Paris. Cuéntase de él que salvó á un niño, á quien deseaba matar su hermana mayor para heredarlo. Cuéntase de un muchacho que se salvó por haber estado tres ó cuatro horas sin resollar escondido bajo los yertos cadáveres de toda su familia. A las puertas del Louvre llegaban los pretendientes á centenares pidiendo las plazas vacías por la horrible virtud de sus puñales. ¿Quién podría describir aquellas horas? El instinto de la vida y el amor á la propia conservacion despertándose con toda su fuerza en las víctimas señaladas para el sacrificio; las personas queridas amenazadas y sin auxilio posible porque cada cual necesitaba las fuerzas todas para defenderse á sí mismo; familias enteras aguardando el golpe último con la triste paciencia de los rebaños en las carnicerías; los gritos de los que piden compasion, los estertores de los que agonizan, los llantos de los que temen, las voces de las pobres mujeres que imploran, mezclándose con los dicharachos, con los juramentos, con los resuellos de los asesinos, con los disparos de los mosquetes, con los toques de rebato, con el terror horrible diseminado en los aires y solo comparable á las grandes catástrofes guardadas por las tradiciones ó soñadas por la teogonía, solo comparables al diluvio bíblico y al Juicio final. Concluido esto, despues de haber inmolado segun dice de Thou, unas treinta mil personas, el Rey salió, rojo el semblante como si la sangre toda vertida se reflejara en él; descompuesto el cabello, como si las furias del infierno se lo hubieran mesado; torvos y bizcos los ojos; caidos los labios cual si la muerte se dibujara en ellos, para decir al Parlamento que todo cuanto había pasado, pasó por su soberana voluntad. Y al salir arrancaron un hombre de su comitiva y le dieron en su presencia muerte diciendo que aquel era el último hugonote. Así acabó la tragedia de San Bartolomé.

La muerte de Carlos IX se pareció en todo á la vida. Estas almas flotantes y tornadizas, exentas de propósitos seguros y faltas de ideas fijas; como suelen pasar por todo, experimentan dobles remordimientos que les causan dolores inenarrables. Carlos IX había presidido una matanza, y no estaba cierto ni de su necesidad ni de su justicia. Los grandes sacrificios, aunque sean de humildes corderos ó de bueyes, como los sacrificios bíblicos, no se aceptan y se justifican por los mismos sacrificadores, sino creyéndolos nece-